

Francisco Belda \*

## Libertad y Planificación Económica

*No fue moral el patrón ruso de desarrollo, que sacrificó a unos quince millones de personas mediante una especie de colonialismo interior. Ni es eficaz el intento de "despegue" de un país atrasado mediante una mera campaña de propaganda y métodos de persuasión. Es preciso encontrar un camino intermedio, para el crecimiento global y distribución equitativa, sobre todo, de la Renta Nacional, al servicio del desarrollo integral del hombre, que no se puede medir solamente por sus niveles de gastos en bienes de consumo materiales.*

### EL DESARROLLO ECONÓMICO COMO PROBLEMA MORAL

UNO de los fenómenos más característicos de los tiempos actuales es el afán de desarrollo y de desarrollo rápido de las naciones nuevas o de las antiguas que, tras un período de decadencia, han tomado conciencia de la inferioridad de su situación con relación a otros pueblos. La importancia creciente que tiene la Economía en la vida pública ha hecho que este esfuerzo se concentre especialmente en el desarrollo económico. Hay una verdadera mística de desarrollo económico, causada principalmente por el deseo de elevar el nivel de vida de los pueblos, pero ayudada también por motivos distintos, como el nacionalismo, la expansión de una ideología, etc. La libertad política conseguida por muchos pueblos, en realidad tiene muy poco contenido si no va acompañada de una auténtica libertad económica. Hay una forma nueva de colonialismo—el colonialismo económico—que puede hacer irrisorias las libertades formales conseguidas con grandes esfuerzos y sacrificios.

Un desarrollo rápido exige una coordinación de esfuerzos, una aus-

---

\* Profesor de Ética en la Facultad de Filosofía de Alcalá de Henares.

teridad y una laboriosidad grandes. Se exige un óptimo aprovechamiento de los recursos escasos de que se dispone. Es necesaria una ayuda exterior, pero con frecuencia se mira a esta ayuda con desconfianza—y no siempre sin razón—por considerar que más bien favorece, o intenta favorecer a los países que dan la ayuda que a los países ayudados. Con frecuencia las estructuras sociales y políticas anticuadas frenan el desarrollo, y los necesarios cambios estructurales no se pueden realizar por la resistencia que oponen los favorecidos por dichas estructuras. Todas estas circunstancias hacen que cada vez sea mayor el número de los que opinan que se imponen medidas drásticas para conseguir una reforma profunda y suficientemente rápida.

Al mismo tiempo es creciente la desconfianza a una excesiva intervención de los poderes públicos en la vida económica. Esta desconfianza es más manifiesta en los países desarrollados, y en los que están en vías de desarrollo, entre los hombres de negocios y, en general, entre las clases económicamente prósperas. La razón que suelen dar es que peligra la libertad y—aparte de considerar más eficaz desde el mismo punto de vista del desarrollo económico un régimen de libertad—no se puede sacrificar un valor tan alto en aras del progreso económico. Aunque en estas razones se esconde un deseo de conservar posiciones privilegiadas, no se puede negar que hay un fondo de verdad. Hay una tensión dialéctica entre libertad y planificación. Toda planificación supone una merma en la libertad de decisión de los particulares. Sin embargo, la auténtica libertad no se puede conseguir—en el caso de pueblos no desarrollados—sin planificación. La libertad esencialmente consiste en reconocerle al hombre una esfera de autonomía en la que pueda desarrollar su personalidad y ser responsable de sus propias decisiones. Esta esfera de autonomía contiene un elemento negativo—ausencia de coacción, por lo menos en la medida suficiente para poder ejercitar la propia responsabilidad—y un elemento positivo—existencia de los medios indispensables, espirituales y materiales, para el desarrollo de la propia personalidad—. Un hombre que carece de los medios indispensables para vivir una vida verdaderamente humana, no es libre en ninguna hipótesis. Está esclavizado por su indigencia. De nada le sirve que se le reconozcan unos derechos que no puede ejercer. Su situación es paradójica; no puede alcanzar la auténtica libertad sin merma de algunas libertades y, sin embargo, hay libertades que no se pueden sacrificar, porque sin ellas el hombre queda degradado y de nada le sirve la abundancia de bienes materiales, si es que se consigue, en orden a vivir una vida más humana.

El problema de planificar un desarrollo económico para construir una libertad genuina, sin destruir irremediablemente en el proceso esa libertad que se quiere alcanzar, tiene una vertiente ética muy importante. No se trata de construir una máquina que funcione bien; se

está jugando con el destino de muchos hombres, que son fines en sí mismos, que poseen una dignidad que les coloca por encima de todo otro objetivo posible. Hay una abundante literatura sobre el desarrollo económico, desde el punto de vista técnico, pero existe el peligro de despersonalizar el desarrollo, de tecnicarlo demasiado. Nuestro enfoque del problema va a ser más estrictamente humano, es decir, lo vamos a considerar como un problema moral, lo cual no quiere decir que se pueda prescindir totalmente de los aspectos técnicos, sino que éstos se habrán de subordinar a la consecución de un orden más justo.

### I. DESARROLLO ECONÓMICO

No es fácil dar una definición de lo que es desarrollo económico. El coloquio sobre el «progreso», de Santa Margherita Ligure, organizado en 1953 por la Asociación Internacional de Ciencia Económica, hizo patente la indiferencia de los economistas más famosos hacia las definiciones rigurosas. No vamos, por lo tanto, a tratar de dar una definición científica del desarrollo económico, sino más bien una definición descriptiva, para que sepamos de qué hablamos y podamos entendernos.

Llamamos desarrollo económico al aumento acumulativo de la renta real «per capita», a largo plazo. En un concepto más amplio, se podría llamar desarrollo económico a un aumento a largo plazo de la renta total. Pero puede ocurrir que ese aumento no crezca tan de prisa como el aumento de población, p. e., y vaya, por lo tanto, acompañado de un estancamiento e incluso de un retroceso de la renta «per capita». A este crecimiento no le llamaremos desarrollo, porque no satisface las expectativas de los que desean desarrollarse. Tampoco llamamos desarrollo a un aumento de la renta «per capita» debido a una disminución de la población—por disminución notable de la natalidad o por una fuerte emigración—que no vaya acompañado de un aumento apreciable de la renta total. El crecimiento de la renta total lo consideramos como un requisito necesario, pero no suficiente para el desarrollo económico. También consideramos necesario en un verdadero desarrollo económico que el progreso sea armónico, es decir, bien difundido en todos los sectores de la economía, aunque para ello no es necesario que todos se desarrollen al mismo ritmo.

El desarrollo económico no es lo mismo que el desarrollo social, aunque se dé entre ambos una estrecha interdependencia. En los países que ya han superado el período de «despegue» de la economía, según algunos teóricos, se podría dar desarrollo económico sin desarrollo social, aunque para los seguidores de la escuela keynesiana esta teoría sería inadmisibles. Nosotros vamos a defender más adelante que todo

desarrollo económico debe ir acompañado de desarrollo social, pero nos fundándonos en razones económicas, sino en razones morales. La dificultad sería está en armonizar desarrollo económico y desarrollo social en aquellas economías que todavía tienen que «despegar». De hecho, los países que ahora consideramos como desarrollados, recibieron su impulso inicial por distintos procedimientos, pero todos han coincidido en una nota común: un alto grado de explotación y de sacrificios de las clases populares. En las naciones «capitalistas» la acumulación de capital, necesario para el desarrollo industrial, se hizo principalmente por el ahorro privado. Una mala distribución de la renta hizo que las ventajas de los nuevos inventos y de las sucesivas ampliaciones del mercado, se tradujeran en ingentes beneficios de las empresas capaces de triunfar en la competencia. Es la época negra de los obreros, que tardarán muchos años en conseguir un orden más justo. Cuando finalmente lo consigan, las estructuras económicas habrán cambiado considerablemente. Se habrá pasado a un desarrollo fundado en la competencia y en el ahorro privado a una economía de grandes unidades, en la que la capitalización se hace principalmente por medio de la inversión institucional. Ya no es el ahorro el que provoca la inversión, sino la inversión la que tira del ahorro. El gasto pasa a ocupar el puesto central de la economía, hasta tal punto que llega a estar socialmente mal considerado el espíritu de ahorro.

En Rusia hubo también un comienzo de acumulación de capital de tipo capitalista con anterioridad a la revolución. Se hizo principalmente con aportaciones de capital extranjero. Pero ha sido el régimen comunista el principal artífice del desarrollo. El instrumento principal han sido los planes quinquenales. Lenin quiso en un principio—con su N. E. P.—continuar un procedimiento capitalista de acumulación de capital, pero Stalin adoptó la tesis de Preobrajensky de acumulación socialista. El sector agrícola debía desempeñar para la economía socialista el mismo papel que las colonias con relación al sistema capitalista. La explotación de los campesinos debía consistir esencialmente en el establecimiento de precios elevados para los productos industriales proporcionados a los agricultores y la fijación de precios débiles pagados a los campesinos por los productos alimenticios por ellos proporcionados al mercado. El procedimiento de llevar a cabo esta explotación sería la colectivización de la agricultura por medio del «sovkhoz» y del «kol-khoz»<sup>1</sup>. Una vez alcanzado un cierto nivel de desarrollo industrial, se aumentaría la acumulación por medio de la explotación de los obreros industriales. En 1933 se añadió un artículo al código penal—el artículo 131—que castigaba con seis meses de prisión todo abandono del trabajo. En 1939 se introdujo el carnet de trabajo: un obrero no podía abandonar su puesto sin la autorización del director. Estaba prohibido

<sup>1</sup> PHILIP, André: «Histoire des Faits Economiques et Sociaux de 1800 à nos jours», París, 1963. T. 1, págs. 285-286.

contratar un obrero sin autorización del director precedente<sup>2</sup>. De 1937 a 1956 se utilizó el trabajo forzado como fuerza principal para las obras de infraestructura. Es difícil calcular el número de hombres en los campos de concentración durante este período. Se lo ha evaluado en un mínimo de 10 millones y un máximo de 20 millones<sup>3</sup>. El número de vidas humanas que ha costado este proceso lo ha calculado el Instituto de Estadística de la U.R.S.S. en 15 millones<sup>4</sup>. Actualmente, con la desestalinización, se ha desmontado gran parte del sistema de explotación de la era staliniana, pero ya no se trata de una Rusia subdesarrollada, sino de una sociedad altamente desarrollada. Se ha sacrificado a una generación para pasar de una economía atrasada a una economía progresiva.

El análisis teórico del desarrollo es bastante reciente y no se puede decir que haya llegado todavía a un estado de madurez. Se puede afirmar que la acumulación de capital no es más que uno de los determinantes del desarrollo económico. Otros son el progreso técnico y el aumento de población. Con estas variables se construye el modelo de Harrod-Domar. Ulteriores progresos del análisis no son más que ampliaciones del modelo anterior, introduciendo nuevas variables, como la distribución de la renta, p. e., en el modelo de Kaldor<sup>5</sup>. Sin embargo, una teoría más completa del desarrollo económico ha de salirse necesariamente del terreno de la Economía pura. La acumulación de capital, el progreso técnico y el crecimiento demográfico podrán ser los determinantes inmediatos del desarrollo, pero no son sus últimas causas. Estas hay que buscarlas en la «corona de datos» o marco de la economía. Los factores sociales, políticos y culturales juegan un papel importantísimo. La Historia nos muestra que la puesta en marcha de las economías hoy desarrolladas, se debe en parte a grandes conmociones de tipo cultural, con repercusión en las estructuras sociales y políticas. El desarrollo capitalista se hizo bajo el signo del puritanismo no conformista, en los países anglosajones, y de la Revolución Francesa. El desarrollo del Japón

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 296.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 293.

<sup>4</sup> En el curso de una polémica entre Peter Wiles y Colin Clark sobre la tasa de desarrollo en la U. R. S. S., Peter Wiles calculaba la población de Rusia en 225 millones de habitantes y Colin Clark en 215 millones. El anuario estadístico de la U. R. S. S. dio la cifra de 200 millones. Esta diferencia que asombra cuando se ha podido apreciar la seriedad de las evaluaciones, investigaciones y cálculos de Colin Clark, se aclara con la confesión de los miembros del Instituto de Estadística de la U. R. S. S., que la explicaron por el hecho de que se había olvidado tener en cuenta en estos cálculos los 15 millones de víctimas de Stalin. Cfr. PHILIP, A., p. c., pág. 313.

<sup>5</sup> HARROD, R. F.: «Towards a Dynamic Economics», Londres, 1948.  
DOMAR, E. D.: «Essays in the Theory of Economic Growth», Londres y Nueva York, 1957.

KALDOR, N.: «A Model of Economic Growth», en *The Economic Journal*, 67 (1957), págs. 312 y ss.

tiene su origen, en gran parte, en la revolución Meiji, reacción contra el budismo y vuelta a la religión primitiva del shintoísmo en toda su pureza. Los «samurais» fueron el alma de la transformación económica, imponiendo una austeridad y un ascetismo, de los que ellos mismos dieron notable ejemplo, a pesar de ocupar los más altos puestos administrativos, económicos y políticos. El desarrollo en Rusia es promovido por unos doctrinarios que se van a esforzar por traducir en realidades la doctrina marxista. Aunque es verdad que los modos de producción condicionan los esquemas culturales—aunque no los determinen, como afirmó Marx—es mucho más verdad que son los factores culturales los que configuran las estructuras económicas y sociales. Los principios ideológicos que de hecho han animado el «despegue» de los países que hoy consideramos como desarrollados, han sido fundamentalmente falsos y han llevado a procedimientos inmorales e injustos, aunque no se puede negar efectividad a tales procedimientos. El juicio que merecen depende de la escala de valores que les apliquemos. Para nosotros los valores morales están por encima de los económicos y ninguno de esos procedimientos nos parece aceptable. Esto no quiere decir que haya que renunciar al desarrollo, sino que hay que encontrar nuevos procedimientos conformes con la justicia. Todo lo más, habrá que renunciar a un ritmo de desarrollo excesivamente rápido, cuando éste lleve consigo una opresión inhumana de amplios sectores de la población.

## II. PLANIFICACIÓN

El impulso inicial del desarrollo de las naciones capitalistas se hizo bajo el signo de la competencia y de la libertad. La excesiva y desacertada intervención de los poderes públicos en la economía de la época del mercantilismo saltó hecha pedazos con los movimientos revolucionarios. Sin embargo, se dieron una serie de circunstancias que es muy difícil que se repitan. Los adelantos técnicos—considerables para su época—no eran de tal envergadura que exigieran la formación de grandes unidades económicas. Los mercados mundiales estaban todavía vírgenes y no ocupados por otras naciones desarrolladas con anterioridad. El liberalismo burgués, si era no intervencionista en las relaciones económicas tenía, sin embargo, perfectamente organizado un aparato policíaco represivo de las organizaciones obreras incipientes. Estas circunstancias han desaparecido y es muy problemático que hoy se pudiera iniciar un desarrollo por el mismo procedimiento. La Rusia comunista siguió otro camino distinto: el de la planificación. La autoridad determina lo que se ha de producir, en qué cantidad y a qué precio. La estructura totalitaria de la sociedad hace que las normas se cumplan, con más o menos éxito, pero realizándolas en lo fundamental. Esto le ha dado a la palabra planificación una carga de signo totalitario, que

todavía explica el antagonismo de muchos liberales a todo tipo de planificación.

Al terminar la segunda Guerra Mundial, Francia se encontró en la necesidad de hacer un plan económico. Arruinada, con recursos limitados, era necesario hacer opciones sobre el empleo de recursos, expresar una elección consciente sobre la manera de satisfacer las necesidades del país, establecer una escala de prioridades. Sin embargo, se encontraba con la dificultad de que—aparte la poca inclinación que tienen los franceses a que se les mande—todo lo que fuera racionamiento, austeridad, dirigismo, les recordaba el régimen de Vichy. Era la ocupación y el enemigo. Las especiales circunstancias hicieron que se adoptara una estructura extraordinariamente sencilla, un organismo que no daría órdenes, sino que haría estudios, suscitaría discusiones, haría proposiciones, organizaría contactos que intentarían conducir a una confrontación y a una convergencia de opiniones. Es el tipo de planificación que se ha convenido en llamar indicativa. Algunos lo han definido como «plan de la saliva», porque toda su fuerza está en la persuasión. Este tipo de planificación, que es el de los tres primeros planes franceses, ha sido considerado como el tipo aceptable en los países libres, en contraposición a la planificación imperativa, propia de las naciones totalitarias.

Esta dicotomía perfecta que divide los planes en indicativos e imperativos, además de ser demasiado simplista, encierra graves peligros. El modelo francés no es aplicable a los países subdesarrollados. Supone la existencia de unas estructuras sociales, políticas y económicas fundamentalmente aptas para el desarrollo. Se trata de una nación que ha alcanzado un alto grado de desarrollo técnico y cultural y con una tradición y unos esquemas mentales adaptados a los procesos modernos de producción y distribución. Es un método apto para salvar un bache en el desarrollo, pero no para ponerlo en marcha. Si no se admite más que dos tipos de planificación y uno de ellos no es apto para los países subdesarrollados, será demasiado fuerte para estos últimos la tentación de adoptar el segundo. En realidad, el gran atractivo que puede ejercer Rusia hacia los países subdesarrollados no está en su ayuda económica—que es insignificante—, sino en proporcionar un método apto para un desarrollo apto. Si admitimos, en cambio, que puede haber otros procedimientos distintos del capitalista y del colectivista, habremos encontrado una vía de solución para evitar que las naciones en vías de desarrollo recurran a la opresión de las libertades fundamentales y al holocausto de una generación, como lo hicieron los que ahora se consideran como desarrollados.

Toda planificación—no sólo la planificación económica—es una racionalización de las decisiones a tomar para conseguir un fin determinado. Consta de un elemento racional y de un elemento volitivo. Se racionaliza para «decidir». Tan importante como la racionalidad del

plan es su efectividad. Para que un plan sea efectivo tiene que contar con los estímulos suficientes para mover las voluntades de los que han de cooperar en su realización. En casos extremos puede ser suficiente la persuasión o—por el contrario—ser necesaria una coactividad que apenas deje lugar a la libre iniciativa; pero entre estos dos extremos puede haber una gama variadísima de grados de imperatividad.

Dejando aparte la distinción entre el sector público y el sector privado, no es necesario que lo que se imperen sean cantidades o precios—la típica «norma» soviética—. Hay medios de actuar indirectamente—pero eficazmente—sobre las variables del sistema, respetando en lo fundamental la libre iniciativa. También hay un campo muy amplio de imperatividad directa, distinto de las magnitudes económicas. Son las instituciones y procedimientos de la actividad económica. Las estructuras sociales, políticas y jurídicas condicionan de tal manera la actividad económica, que sería irrisorio un plan de desarrollo económico que dejara intactas unas estructuras regresivas. Una reforma agraria o una reforma fiscal, p. e., tienen una repercusión considerable en la actividad económica. Lo mismo se puede decir de una legislación que permita o no permita la libre asociación de los obreros. En realidad sería más propio hablar de desarrollo, sin añadir ningún adjetivo, que de desarrollo económico. Los aspectos puramente económicos podrán ser objeto de una ordenación especial, pero se requiere una ordenación paralela de los otros aspectos políticos, sociales y culturales para que la ordenación de la economía pueda ser efectiva.

No vamos a ocuparnos, dada la naturaleza de nuestro estudio, de construir un sistema de ordenación de la economía. Únicamente daremos unas normas de orden moral que deben encuadrar todo posible sistema. Son normas que se deducen de las exigencias éticas naturales del hombre, pero que procuraremos apoyar en el Magisterio de la Iglesia católica. Estas normas definen un ámbito, dentro del cual todavía habrá lugar a distintas opciones concretas, pero que definen suficientemente cómo debe ser una ordenación de la economía de acuerdo con la moral cristiana. Sobre todo quedará claramente definido lo que es incompatible con esas exigencias éticas. Podemos establecer cuatro principios fundamentales:

1. El fin de la actividad económica es satisfacer las necesidades de todos los hombres. El hombre es sujeto y no objeto de la economía. Por lo tanto, no se puede considerar que la actividad económica ha alcanzado su fin sólo con el aumento de la renta nacional. Ni basta decir que ha aumentado la renta «per capita», porque ésta no es más que una abstracción, el cociente de la renta nacional dividida por el número de habitantes, pero nada nos dice de su real distribución o del grado de satisfacción de las necesidades de los miembros de la sociedad. Pío XII, en su carta al Presidente de las Semanas Sociales de Francia, con motivo de la Semana Social de 1952, afirmaba que el fin del orga-

nismo económico y social es procurar a sus miembros y a sus familias todos los bienes que los recursos de la naturaleza y de la industria, así como una organización social de la vida económica, les pueden procurar<sup>6</sup>. El criterio supremo no puede ser el beneficio o el valor añadido, aunque éste tiene un valor instrumental grande en orden a esa satisfacción de necesidades.

2. No sólo se trata de satisfacer las necesidades de los hombres, sino que la actividad económica se debe hacer *por* los hombres y *para* los hombres. El hombre es anterior a sus propias necesidades. Las técnicas para la satisfacción de sus necesidades y toda la economía han de tener en cuenta no sólo la satisfacción de necesidades, sino al hombre todo entero, que es un fin más alto y tiene un valor trascendente. No se trata de simples necesidades, sino de necesidades *humanas*. Han de ser satisfechas respetando la dignidad del hombre, es decir, respetando su libertad. No se puede aceptar cualquier método, aunque los resultados materiales sean considerables y «a fortiori» no se puede aniquilar ni explotar a los hombres en aras del desarrollo. Esto no quiere decir que no haya que subordinar en muchos casos los intereses individuales al bien común. Pero se ha de hacer—como dice Juan XXIII en la «Mater et Magistra»—de acuerdo con el principio de subsidiariedad. El mundo económico es creación de la iniciativa personal de los ciudadanos. Sin embargo, los poderes públicos deben estar activamente presentes para promover el desarrollo de la producción en función del progreso social y en beneficio de todos los ciudadanos. Su acción tiene carácter de orientación, de estímulo, de coordinación, de suplencia y de integración. Por lo tanto no será lícito quitar a los individuos lo que ellos pueden realizar, ni reservar a una sociedad mayor o más elevada lo que las sociedades menores e inferiores pueden hacer<sup>7</sup>.

3. Al ser el fin de la economía la satisfacción de necesidades *humanas*, hay que establecer una jerarquía de necesidades. Si la necesidad fuera una simple fuerza natural, todas las necesidades estarían en el mismo plano. El cálculo cuantitativo determinaría el orden de satisfacción de las necesidades del hombre. Sería un problema de determinar el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo. Si por el contrario, la necesidad es la expresión de la libertad y de la universalidad de una personalidad espiritual incluso en las fuerzas aparentemente instintivas, siempre habrá necesariamente problemas de elección en la satisfacción de las necesidades. No se podrán comparar las distintas satisfacciones con un criterio cuantitativo.

<sup>6</sup> Carta a Charles Flory, 5 de julio de 1952, *AAS*, 44 (1952), pág. 621.

<sup>7</sup> Cfr. nuestro artículo «Repercusiones de orden moral de la política económica» en «De la *Rerum Novarum* a la *Mater et Magistra*». *Anales de Moral Social y Económica*. Vol. 1. Madrid, 1962, págs. 165 y ss.

No se pueden subestimar las necesidades de orden espiritual y cultural, aunque su satisfacción nunca se podrá expresar en números. Hay que huir de un peligro muy real de los tiempos que vivimos, que consiste en utilizar como criterio exclusivo del orden económico la satisfacción de necesidades materiales<sup>8</sup>. La libertad ocupará siempre el primer puesto de esta escala de valores. La libertad auténtica—se entiende—, es decir, la posibilidad de perfeccionarse y de satisfacer las apetencias humanas razonables de modo que sea uno el autor principal y el responsable de su propio destino. Entonces se verá que algunas conclusiones aceptables para los economistas «puros»—conclusiones que sólo tienen en cuenta la rentabilidad—son inaceptables cuando se consideran los «costes» humanos. No siempre es lo más interesante el aumento, lo más rápido posible, de la renta nacional.

4. No es lo mismo orden de prioridad que orden de urgencia de las necesidades. Se puede establecer un orden de prioridad radical de las necesidades humanas en el que los valores espirituales están antes que los materiales. Sin embargo hay necesidades de orden material que de tal manera condicionan la realización de los valores más altos, que en un orden de prioridades inmediatas se deben anteponer a muchas necesidades de orden cultural, aunque no a todo valor espiritual sin más. Al ser condiciones necesarias para la posible realización de valores espirituales, participan de su posición privilegiada en el orden de preferencia. Así el orden de urgencia no destruye sino que confirma el orden de prioridad radical de necesidades humanas. En este orden de urgencia ocupan el primer puesto las necesidades de alimentación, vestido, vivienda. Este principio sirve de correctivo a una posible hipocresía en la defensa de los valores espirituales. Si no se satisfacen las necesidades más urgentes de los ciudadanos, la exaltación verbal de la libertad suena a hueco. Ningún hombre puede ser libre si no se libera de la carencia de una alimentación, vestido y vivienda de acuerdo con la dignidad humana.

Una vez que desaparece la urgencia de las necesidades materiales, éstas pasan al último lugar, o, mejor dicho, debían pasar, porque no siempre ocurre así. Pío XII habla de exigencias provocadas artificialmente<sup>9</sup> en contraposición con las necesidades reales. Una vez satisfechas, con cierta amplitud, las necesidades humanas más urgentes, es de mayor valor la ampliación de la base cultural de un pueblo que un mayor refinamiento en el «confort», a pesar de que ordinariamente se suele medir el grado de desarrollo de una nación por el número de automóviles o de televisores.

<sup>8</sup> Cfr. Pío XII: Discurso a los participantes en los Cursos de Economía de la Sociedad Internacional para la Enseñanza Comercial. 10 de septiembre de 1953. *AAS* 45 (1954), pág. 407.

<sup>9</sup> Discurso a los obreros italianos, 14 de mayo de 1953. *AAS*, 45 (1953), página 407.

## III. PLANIFICACIÓN DEL DESARROLLO

Los principios arriba expuestos valen para toda ordenación de la economía y, por lo tanto, también para la planificación del desarrollo. Sin embargo, hay unos problemas específicos de esta última, sobre todo cuando se trata de países subdesarrollados y principalmente en sus primeras etapas. Ya hemos visto que los países que se han desarrollado lo han hecho con sacrificios inhumanos, que en algunos casos han llegado hasta la exterminación de millones de hombres. Las dificultades iniciales y la prisa por subir rápidamente de nivel económico plantean un problema grave, en el que parece que se da una oposición entre efectividad y respeto de la dignidad humana. Juan XXIII, en la Encíclica «Mater et Magistra»<sup>10</sup>, se enfrenta con el problema del desarrollo, aunque enfocándolos desde el punto de vista de la ayuda a los países desarrollados<sup>11</sup>. En él nos vamos a inspirar principalmente para dar unos principios morales que han de regir la planificación del desarrollo económico.

1. El desarrollo económico es un valor positivo. Todo lo que llevamos dicho podría producir la impresión de que somos hostiles a un ritmo rápido de desarrollo. Pero esto no es verdad. Únicamente nos oponemos al uso de procedimientos inmorales, por atentar a la dignidad humana. Sin embargo, el retardar o frenar el desarrollo para respetar unas posiciones de privilegio lo consideramos tan funesto como el atropellar los derechos de los pobres para quemar etapas. No sólo no nos oponemos a un desarrollo rápido, sino que lo consideramos necesario en aquellos países que únicamente pueden proporcionar un nivel de vida bajísimo a sus ciudadanos, sobre todo cuando esto va acompañado de una expansión demográfica notable. Existe la posibilidad de hacer este desarrollo de un modo humano; pero para ello se necesita una cooperación internacional sincera y desinteresada. El desarrollo económico es una manifestación del dominio del hombre sobre la naturaleza. Por él de alguna manera se humaniza la misma naturaleza y el hombre se enriquece, incluso espiritualmente, porque ejercita y perfecciona sus facultades más nobles.

2. El desarrollo económico no es un valor supremo. No es más que uno de los factores—muy importante, por cierto—que contribuyen al desarrollo del mismo hombre y de la sociedad humana. Por lo tanto, ha de subordinarse a ese fin más alto. El ritmo, los medios, las metas a conseguir, todo ha de estar encaminado a una más perfecta realización de las exigencias y de las potencialidades del ser humano. El fin verdadero de todo desarrollo no es—aunque éste puede ser un

<sup>10</sup> *AAS* 53 (1961), págs. 401-464.

<sup>11</sup> *Ibid.*, págs. 440 y ss.

medio muy importante—aumentar el acervo de bienes materiales a disposición de la sociedad, sino dar un sentido humano a la evolución de la sociedad. A este respecto, dice el P. Calvez:

«La Iglesia tiene en este punto una firme idea. No la de un productor-consumidor gigante, órgano de una sociedad-máquina, aunque estuviera destinado a dominar toda la naturaleza exterior, sino la de un ser consciente y libre, cuyo desarrollo y evolución consisten en una progresiva ampliación de sus medios de acción, en una progresiva liberación de mil servidumbres, para que pueda crecer su libertad fundamental (para que pueda ser libre hasta liberarse de sí mismo y darse a otro) y para que florezca en una sociedad constituida por el voluntario reconocimiento recíproco de los hombres entre sí, y finalmente por el don desinteresado de sí a los demás, por la caridad. Esto no se obtiene si los medios empleados contradicen a tal fin. Si se usa con preferencia de estos medios—de la coacción, por ejemplo, que es un recurso fácil—se pone de manifiesto que lo que se persigue es un fin completamente distinto del que señala la Iglesia»<sup>12</sup>.

3. La moral cristiana no impone un sistema determinado de planificación del desarrollo. Los aspectos puramente técnicos no caen propiamente en el ámbito de la moral. Sin embargo da unas orientaciones generales bastante precisas. Prescribe el respeto a los principios que hemos expuesto y prohíbe las escapatorias de la facilidad y del simplismo. En realidad la aparente oposición que vemos entre desarrollo económico rápido y respeto a la dignidad humana se debe a esa tendencia a lo más fácil. Los realizadores de los desarrollos que hemos estudiado atacaron por la línea de menos resistencia. Esto no quiere decir que no haya otras posibilidades. Será más difícil. Requerirá una mayor perfección y flexibilidad en los medios y una gran valentía para no ceder ante intereses creados organizados poderosamente, pero ése es el camino para alcanzar un genuino desarrollo económico, integrado en un desarrollo de toda la sociedad y, en definitiva, de la persona humana.

4. Finalmente, nos nos queda más que recalcar que progreso económico y progreso social deben ir siempre unidos. Si el fin del desarrollo económico es la persona, esto no se debe olvidar durante el proceso y dejarlo para después, para cuando se hayan cubierto todas las etapas. Es verdad que no todo lo conseguido se podrá siempre repartir, si se quiere obtener una tasa alta de desarrollo, pero entonces hay que repartir también los sacrificios equitativamente. Desde luego es inadmisibles que se use el desarrollo como pretexto para defender los intereses de los poderosos y fortalecer su posición de modo que sean los principales beneficiarios del desarrollo sin haber participado en los sacrificios.

<sup>12</sup> CALVEZ, J. Y.: «Eglise et Société Economique», t. 2. «L'Enseignement Social de Jean XXIII». París, 1963, pág. 91.